

COMPARTIENDO

MI HISTORIA MIGRATORIA

Ayudo a desmontar los estereotipos

Un proyecto de SIETAR España



SIETARESPAÑA

Society for Intercultural Education
Training and Research

Prólogo

Son muy distintas las razones por las que decidimos emprender un proyecto migratorio. Ni tan siquiera lo llamamos así. Buscamos un cambio en la vida y cada uno tiene su propia razón, su propia motivación y su propio sueño y, esos sueños, también son muy diferentes. Puede ser un trabajo mejor, una oportunidad de estudiar, un amor, la libertad o, un día sin tener que huir de las bombas. Migrar es un derecho humano. Migrar es crecer. Migrar es aportar desde la diversidad (si te dejan pronunciarla). Cada migrante tendrá sus propias connotaciones en referencia a esta palabra. En SIETAR estamos convencidos que la diversidad cultural aporta un gran valor.

Nuestra misión consiste en promover el diálogo intercultural en la sociedad a través de nuestra profesión y contribuir a desarrollar una sociedad más igualitaria, donde la competencia intercultural disponga de un valor reconocido.

Con este recopilatorio de historias migratorias de nuestros socios y nuestras socias queremos enseñar diferentes razones para emigrar y demostrar como un proyecto migratorio genera riqueza interna y qué aporta a la sociedad.

Agradezco mucho la colaboración de todas las personas que decidieron contar historias tan personales y con ella, aportar un granito de arena para romper los estereotipos sobre la población inmigrante. Como dijo Alma, una de las autoras: *"Ha sido una experiencia un poco catártica en el sentido de hacer un esfuerzo de síntesis de lo que significa la experiencia migratoria. Pocas veces se tiene la oportunidad de sentarse a reflexionar al respecto y esta ha sido una gran oportunidad para hacerlo"*.

Espero que recibas estas historias con el corazón y la mente abierta, con mucha empatía, agradecimiento y curiosidad. Y la próxima vez cuando te encuentres con una persona migrante y tengas tiempo para tomar un té, pregunta si quiere compartir contigo su historia.

Agradezco especialmente a Lilian Castro, a Teresa Díaz y a Martyna Gülcemal su colaboración en este proyecto.

Anna Zelno
Presidenta de SIETAR España

Índice

Alma Ramírez Iñiguez

Almendra Staffa-Healey

Aminata Soucko

Anna Zelno

Antonio Liu Yang 刘洋

Beatrix Hasse

Claudia Issa

Deepti Golani Gurnani

Elena Shliakhovchuk

Jean-David Kouassigan

Lilian Castro Rojas

Mercedes Valladares Pineda

Mohamed Benzagur

Natalia Fernández Díaz-Cabal

Renato Antonio Brancati

Yumiko Saito



Alma Ramírez Iñiguez

Nacida en Ciudad de México, México

Residente en Ciudad de México, México

Nivel de estudios: Doctora en Educación

Nací en la Ciudad de México, una de las ciudades más grandes del mundo. Creo que por esta razón tengo una fascinación por las ciudades grandes y suelo sentirme “como en casa” en las capitales de los países que he visitado. Mi ciudad natal es un sitio de grandes contrastes, un lugar donde coexisten la riqueza, la pobreza, barrios que concentran importantes corporativos internacionales y otros que conservan su naturaleza rural. Así, una de las características fundamentales de mi ciudad es su diversidad cultural y social, así como su historia prehispánica, colonial y contemporánea visible en sus calles y arquitectura. Los recuerdos felices de mi niñez están asociados con las grandes comidas en las que se reunía toda la familia: mis abuelos, tíos, primos, hermanos, todos compartiendo con música de Los Panchos y Julio Jaramillo.

Toda mi vida la pasé en la ciudad donde nací hasta los 30 años de edad. Después de trabajar 6 años en un departamento de la Universidad, decidí concursar por una beca para realizar estudios de posgrado en España. Gané la beca y fue así que me fui a Barcelona, y lo que comenzó como un plan de 3 años, se ha convertido en una vida migratoria de un poco más de una década, donde el cambio de residencia se ha convertido en algo natural para mí.

En 2007 llegué a Barcelona, específicamente al barrio de Sant Gervasi al que llegué a través del contacto de una amiga española, quien me alquiló una habitación en un piso compartido con dos personas de Francia y una de Perú. Esta fue mi primera experiencia viviendo en otro país y compartiendo la vivienda con personas de diferentes países. Recuerdo el primer día que recorrí este barrio. Primera sorpresa, era domingo y ninguna tienda estaba abierta. En España, y creo que en el resto de Europa, los domingos son “días muertos”, cosa nueva para mí, acostumbrada a un ritmo ciudadano con tiendas y supermercados que abren todos los días la semana. Poco tiempo después me di cuenta que llegué a vivir un barrio “pijo” el primero como de diez barrios más, y fui descubriendo la diversidad cultural, social y económica de la ciudad, sus luchas y reivindicaciones, y comencé a sentir “la otredad”, esa sensación de ser vista como diferente, la sensación de “no ser de aquí”.

Vivir como extranjera representa enfrentar varios retos. Reconozco que, como migrante, he tenido condiciones privilegiadas. En primer lugar, partí de mi lugar de origen con una beca y con la condición de estudiante, por lo que mi situación legal en un país extranjero fue fácil de tramitar. Igualmente, mis necesidades económicas estaban cubiertas. Sin embargo, las dificultades las enfrenté años después cuando en 2010 me invitaron a trabajar en un proyecto de investigación dentro de la universidad. En una oficina pública en la que estaba haciendo los trámites para poder trabajar en este proyecto, el hombre que me atendió me dijo simplemente “no puedes trabajar con una visa de estudiante”, lo cual me dejó muy triste. Al final pude trabajar porque contaba con un NIE pero fui consciente de las dificultades que una persona extranjera puede tener y las múltiples categorías que existen para nombrarnos: “extranjera”, “extranjera no comunitaria”, “inmigrante

legal”, “inmigrante ilegal”, entre otros. Cada una está asociada a otras etiquetas y estigmas: “pobre”, “moro”, “sudaca”, “africano”, que te encierran en una descripción limitada de la que siempre intentas salir como si fuera una lucha que nunca acaba.

Ser parte de la “otredad” me permitió un conocimiento de mi misma y de mis códigos que no hubiera tenido si nunca hubiera salido de mi lugar de origen. Ser consciente de mi lenguaje y de las ideas que se tienen de una persona a partir de su lugar de procedencia. Ser consciente también de que mi apariencia física me ha librado de discriminaciones que otras personas mexicanas han sufrido. La frase “no pareces mexicana” ha sido una manera de hacerme ver los prejuicios existentes y ponerme distintas etiquetas a partir de los mismos.

En 2014 me mudé por un año a Buenos Aires y al llegar tuve la misma sensación de novedad de cuando llegué a Barcelona. Conocer los supermercados, las frutas y verduras locales, las distintas maneras de llamar a las cosas y sentir otra forma de vivir la “otredad”, de ser extranjera en otro país, lo cual me permitió vivir nuevas maneras de concebir la inmigración, su riqueza y dificultades.

Actualmente, soy profesora e investigadora en Ciudad de México pero en un mes me mudo a Mexicali, ciudad fronteriza con Estados Unidos. Es breve el espacio para sintetizar todo la transformación personal que conlleva la migración, pero sin duda forma parte de mi vida y se ha vuelto algo natural. Vuelvo a España cada año y tengo un fuerte lazo emocional con esta tierra, al igual que lo tengo con el Cono Sur. ¿Qué otros lazos estableceré en otras tierras? Aún no lo sé, pero ahí están latentes y esta es mi forma de vida, es lo que soy, entre otras cosas, una migrante.



Almendra Staffa-Healey

Nacida en Granada, España

Residente en Madrid, España

Nivel de Estudios: Licenciada en Historia del Arte, MBA y Master en Antropología

Soy hija de padres estadounidenses que se afincaron en un pequeño pueblo de La Alpujarra granadina en los años setenta. Yo nací en 1976, y mi nombre, Almendra, no es nada común, si bien la historia de cómo mis padres lo eligieron me ha sido de gran ayuda en mi “branding” personal.

Nací en febrero, cuando los almendros están en flor y nací en España gracias a que una vecina inglesa del lugar donde vivían mis padres le insinuó a mi mamá que si ella volvía a Nueva York para tenerme, sería una cobarde.

Mi madre no tiene ni un hueso de cobarde. Así que, camino al hospital, por las carreteras de infinitas curvas que guardan estas carreteras, y viendo los árboles en flor, le preguntó a mi padre cuál era el nombre de aquellas flores. En aquel tiempo, ninguno de los dos hablaba muy bien español. Mi padre, algo dubitativo, le dijo: “Creo que Almendra.”

A los 21 años, ya había estado en diecinueve instituciones educativas diferentes, repartidas entre España, Suiza y Estados Unidos. Mi madre es artista y debido a sus anhelos de conocer diferentes mundos para crear sus cuadros, le resultaba necesario vivir en múltiples sitios.

Yo he vivido en varias partes del sur de España, en Madrid, en Zúrich, en Nueva York, en Nuevo México, en California y en Miami. Cuando yo era pequeña pensaba que no había muchos niños como yo. Yo era una niña bilingüe que había estado en tantos sitios, que había conocido a tantas personas..., y de las que me había despedido tan rápidamente. Lo cierto es que formaba amistades con muy de prisa y me sentía a gusto en los colegios, institutos y universidades donde estuve y donde viví un aprendizaje cultural muy variado.

Era un mundo anterior a internet y a las redes sociales. Subirse al avión era, muchas veces, cerrar una etapa de tu vida para comenzar otra distinta. Era difícil identificarse con un sólo espacio y era complejo saber al que pertenecías. A los 38 años descubrí que había un término que me describía y que me hacía partícipe de un ámbito propio y, a su vez, común. Tener un nombre para mi cultura identitaria dio pie a tener una manera colectiva de explicar mi identidad y de encontrar lazos de interconexión.

Aprendí que yo era una “Third Culture Kid.” Este término fue definido por David Pollock y Ruth Van Reken para explicar la identidad de personas que durante largos períodos de su infancia crecen en un país o en varios países que no son los de sus padres. Durante esta etapa vivida de su desarrollo, ellos crean su propia o tercera cultura en respuesta a la cultura de sus padres, a la cultura del país en el que viven, y en función de la que desarrollan en un espacio liminar entre culturas cómplices. [Pollock, D. y Van Reken, R., 2009. Third Culture Kids: Growing Up Among Worlds. Boston: Intercultural Press]. A su vez, la definición incluiría hijos de militares, de ejecutivos

de corporaciones multinacionales, inmigrantes y de refugiados. Ahora se ha llegado a la idea de que existen “Third Culture Adults”, o personas que como adultos definen su cultura de una nueva manera. La definición de cultura ya no está ligada simplemente a la geografía, la nacionalidad o a los valores de un grupo tradicional. La cultura se crea entorno a experiencias similares vividas entre personas que pueden proceder de diversas culturas de origen.

En 2014 inicié un proyecto de autodescubrimiento que me llevó a integrar de pleno mis múltiples identidades culturales y que culminaría con la creación de mi propia empresa, Intercultural Understanding. La actual y creciente necesidad de comunicación con personas y profesionales de otros entornos, y el hecho de sentirnos capacitados para llevar a cabo dicho intercambio, son las claves principales que han originado su creación.

Mi trabajo consiste en ayudar a personas de forma individual o colectiva a adquirir mejores y más amplias competencias interculturales. Me centro fundamentalmente con residentes en el extranjero (expats e inmigrantes), personal de programas educativos, profesionales involucrados en proyectos de movilidad y retorno, estudiantes inmersos en el campo de los estudios en el extranjero, etc. Llevo a cabo talleres, cursos, seminarios, técnicas efectivas de comunicación, y formación para formadores.

Ahora, en 2019, con el anhelo de ayudar a una comunidad más amplia que siente la misma pasión y necesidad de trabajar para mejorar la comunicación intercultural, me he involucrado en SIETAR España como presidenta.

Ser voluntaria en esta organización dedicada al intercambio cultural fortalece mi compromiso con mi identidad y mi deber. Estoy deseosa de ver cómo cada uno de nuestros miembros y socios aporta su saber, experiencia y creatividad a esta labor colectiva. Me enorgullece trabajar de forma conjunta para llevar a cabo nuestra misión: “Promover el diálogo intercultural en la sociedad a través de la profesión y contribuir a desarrollar una sociedad más igualitaria, donde la competencia intercultural disponga de un valor reconocido.”

Para mí, es como volver a casa, a un grupo de amigas y amigos universales.

Perfil de [LinkedIn](#).



Aminata Soucko

Nacida en Kita, Mali

Residente en Valencia, España

Nivel de estudios: Técnica superior de laboratorio

Soy Aminata Soucko y llegué a Valencia el 8 de octubre de 2008. Ese mismo día, cuando yo aún no entendía nada de español, apareció una noticia sobre violencia de género en la televisión y un gracioso me dijo algo así como que, en España, si no hacía caso a mi marido, terminaría muerta. Yo pensé *¿en qué país me he metido?*

Nací en Niafala un barrio de Kita, un pequeñito pueblo en la región de Kayes, Mali. La gente es muy honrada. No tenemos casi nada pero nos queremos mucho. Y llegué a Valencia porque mi ex marido vino aquí para encontrar un trabajo digno y yo no podía negarme a nada.

Personalmente no tenía ninguna motivación para venir porque lo que yo quería entonces era continuar con mis estudios de bachiller en Mali, y poder ser médica algún día. Desde pequeña tuve vocación por la medicina pero las costumbres del país donde nací cambiaron mi destino.

Mi familia me casó a los 17 años porque para ellos el matrimonio es muy importante y una mujer que no está casada es rechazada por la sociedad. Las mujeres deben ser sumisas y siempre tratar a su marido como si fuese un rey.

Requisito indispensable para poder casarte es la ablación, ya que para mi pueblo –como en muchos países poco avanzados en derechos sociales, especialmente aquellos que conciernen a las mujeres– la mutilación de la mujer es una forma de purificarla.

Después de muchos años de sufrimiento conseguí tener el coraje para rebelarme contra todas estas injusticias del matrimonio forzado y me siento afortunada por haber encontrado a otras mujeres y hombres de mi país que tampoco están de acuerdo con esta desigualdad entre géneros.

Tuve que esperar muchos años y tramitar muchos papeles hasta que conseguí divorciarme y tener la custodia de mi hija. Además, no me gustó que su padre no le pagase nada y aún así tenía que pedirle autorización para cualquier aspecto relacionado con la niña.

En el año 2016 hice el curso de Agentes de Salud con la intención de mejorar la salud de quienes me rodean. Desde entonces soy *Agente de salud de base comunitaria (ASBC) especializada en mutilación genital femenina*, y doy charlas y talleres. De momento es voluntariado, así que sigo limpiando casas, pero en la Salud Pública nos dicen que en el futuro conseguirán una subvención para este proyecto.

Parece que ser pobre nos hace perder oportunidades que otras personas sí que tienen como, por ejemplo, elegir colegio para mi hija o encontrar un trabajo digno en vez de tener que compaginar varios trabajos de media jornada.

Sin embargo, y a pesar de todo, me gusta quedarme con lo bueno: hay muchas personas que me apoyan. Aquí me siento como en casa porque tengo amigos y amigas, gente que me ayuda, trabajo, puedo estudiar, y mis hijos van al colegio y al médico sin problemas.

Además, participo en actividades de integración social, de ayuda a mujeres y hombres con necesidades básicas y en actividades extraescolares. Estoy orgullosísima de ver a mi hija feliz yendo al colegio porque ella también podrá tomar sus propias decisiones y tendrá la libertad de elegir su camino.

Me relaciono con algunas personas nacidas en Valencia que me cuentan sus ideas sobre el matrimonio, los derechos de la mujer, los estudios, la alimentación, las religiones, los derechos humanos, etc. Siempre aprendo cosas nuevas y, poco a poco, esto va cambiando mis creencias antiguas y me hace sentir que puedo llegar a ser más libre e independiente y más feliz.

Vivir aquí permite cosas que no ocurren en mi país de origen: a la hora de vestir llevo pantalones cuando antes, en mi país, nunca los llevaba, o puedo estudiar. Me siento muy satisfecha por haber estudiado un módulo de Formación Profesional y me gustaría, algún día, poder seguir más estudios relacionados con la sanidad porque esa ha sido siempre mi vocación y mi sueño.

También descubrí que aquí en Valencia podían reconstruir el aparato genital femenino tras la mutilación y ahora puedo disfrutar de mis relaciones sexuales sin dolor y sin complicaciones. Estoy orgullosa de disfrutar de mi libertad, de tomar mis propias decisiones, aunque eso suponga enfrentarme a mi propia cultura.

Mi vocación de ayudar a los demás me lleva a trabajar especialmente entre personas que se encuentran en una situación parecida a aquella en la que estuve yo. Una de las tareas principales que desempeño es informar y acompañar a las posibles pacientes, contándoles mi experiencia en el mismo tratamiento que yo recibí, con el fin de que, llegado su momento, se encuentren totalmente relajadas y preparadas tanto anímica como personalmente.

Por último, querría añadir que me siento orgullosa de estar aquí y de compartir mi historia para ayudar a otras personas que puedan estar en mi misma situación. Es importante para mí dejar un mensaje: entre todas tenemos que decir NO a la mutilación femenina, ya que cada niña tiene derecho a disfrutar de su cuerpo el día de mañana.

Teresa Díaz es periodista y ha asistido a Aminata en la narración de su historia en español. Recientemente ha puesto en marcha el observatorio [Sense tòpics](#), un proyecto de CEAR que analiza el tratamiento informativo que del fenómeno migratorio se hace en los medios de comunicación valencianos. El compromiso de Teresa con la libre movilidad de las personas viene de lejos y el informe que ha elaborado pretende ser una herramienta de cambio para vencer los estereotipos racistas entre los y las profesionales de los medios.



Anna Zelno

Nacida en Bielawa, Polonia

Residente en Valencia, España

Nivel de estudios: Licenciada en Lingüística Aplicada y Estudios Culturales Aplicados, Máster en Gestión de Talento

Desde pequeña me gustaban otras culturas y otros idiomas. Dibujaba palmeras aunque nunca hubiera visto ninguna, niños de diferentes colores y en invierno iba con la piel de naranja casi pegada a mi nariz, el lujo de la Navidad en Polonia. Hoy vivo en la capital española de los naranjos y en el parque debajo de mi casa no faltan las palmeras, y la diversidad cultural forma ya parte inherente de mi vida personal y profesional.

Nací en un pequeño pueblo del suroeste de Polonia; no era la tierra de origen de casi ninguno de los abuelos de mis amigos. Muchos llegaron a Dzierżoniów después de la Segunda Guerra Mundial en búsqueda de trabajo. Las historias contadas por mis abuelos y abuelas eran historias de la Segunda Guerra Mundial y no todas eran tristes. Especialmente mi abuela paterna tuvo muchas historias "divertidas" de cómo vacilaba a los alemanes. Mi vecino era un señor mayor, un soldado condecorado. Nos reuníamos en el jardín con otros niños y escuchábamos sus recuerdos, los suyos siempre eran tristes. Cuando era pequeña tomé la decisión que "de mayor" haría todo lo posible para que no hubiera guerras. Era mi sueño. Era inocente.

La Polonia de los años 80 fue también una Polonia con colas interminables delante de las tiendas casi vacías, cartillas de racionamiento y una tienda de economía sumergida en la cocina de mi casa, donde mi padre cada semana traía alimentos y papel de paredes de Alemania del Este, donde trabajaba como músico. Las vacaciones las pasábamos en la República Democrática Alemana, donde nació mi amor por el idioma alemán y allí también entendí que no se puede responsabilizar a la generación mía y de mis padres por el crimen de la Segunda Guerra Mundial.

Diez años después, me matriculé en la carrera de enseñanza de alemán como lengua extranjera. Cuando estaba a punto de terminar la carrera el desempleo en el país superaba el 20%; recuerdo como si fuera hoy las palabras de la madre de una amiga mía: "en este país hoy no hay oportunidades para vosotras. Tenéis que salir. Ya volveréis algún día". Me encantaba la idea de salir del país y casualmente (?) al mismo tiempo me estaba enamorando de Thomas, un scout alemán de Badenia que también soñaba con una vida juntos. Thomas encontró otra carrera para mí: lingüística aplicada y estudios culturales aplicados en GERMERSHEIM. La asignatura de comunicación intercultural se convirtió en mi asignatura favorita. En el 2007, con la tesis sobre el desarrollo de la competencia intercultural en la formación terminé la carrera.

Mientras tanto, los amores de mi vida iban cambiando, llevaba con Luis dos años de relación a distancia y uno de los dos tuvo que dar el paso. En abril de 2007, me empadroné en la ciudad de Valencia, enamorándome del olor del azahar, del cielo azul, de las playas y de la diversidad de la gente. Pero la euforia no duró mucho. Pasaban los meses, las temperaturas subían y bajaba mi autoestima.

Pronto me di cuenta de que la formación intercultural era un concepto totalmente desconocido y que la competencia intercultural sonaba a chino. Decidí volver a ser profesora de alemán o traductora. Sin éxito. El alemán en el 2007 en Valencia no era un producto estrella.

Mi estado de ánimo empeoraba. Al final decidí crear mi propio puesto de trabajo. Conocí a mi primera socia, a Anne Rupp, una mujer imparable y con ganas de colaborar. En pocos meses nació Intercultural Link, nuestro primer proyecto de consultoría que después de unos años pasó a formar parte de la red internacional de interculturales. Tuvimos nuestros primeros proyectos en Barcelona y en Madrid y yo intentaba posicionarme como experta en comunicación intercultural en Valencia. Me daba cuenta de que en una cultura orientada hacia las relaciones necesitas tener una red de contactos para poder obtener resultados y sobre todo necesitas “caer bien” a la gente. Bajo la presión económica se encendía mi autopiloto polaco-alemán, eficiencia en el tiempo y estilo directo, “al grano cuanto antes por favor”. Eso no pudo traer éxito.

Finalmente, después de asistir a varias jornadas y cursos conocí a Inés Richarte, en aquel tiempo directora de la Escuela de Mediación Intercultural, que confió en mí e introdujo el módulo de la competencia intercultural en los cursos de mediación. Empezó el trabajo de mis sueños. Pude aportar mi granito de arena y construir un mundo mejor. Empezaron varios años de mucho trabajo con los ayuntamientos y entidades sociales que desafortunadamente debido a la crisis sufrieron pérdida de liquidez económica. Al mismo tiempo, terminó el otro amor de los siete años. Era un momento perfecto para volver a Polonia. El choque cultural de retorno fue más fuerte de lo que esperaba. Echaba de menos España. Repetía como mantra en mi cabeza “quiero volver a España”. Otro sueño se convirtió en realidad.

Un día me llamó Marta García-Valenzuela, otra mujer importantísima en mi vida: “¿Tú no quieres volver a España?” Me ofreció una oferta de trabajo inmejorable. Pasaron ya tres años desde que de nuevo vivo en el Mediterráneo, pasando por Madrid y Barcelona, para finalmente volver a Valencia, una tierra mágica con un encanto que sólo lo pueden entender los que vivan aquí.



Antonio Liu Yang 刘洋

Nacido en Beijing, China

Residente en Valencia, España

Nivel de estudios: Licenciado en Derecho y Máster en Habilidades Directivas

Mi “viaje al Oeste” realmente no empieza conmigo. La primera vez que escuché la palabra “Xi - ban - ya” (España) tenía tan solo tres años. Nací en un barrio humilde de Beijing y el hecho que mi padre decidiera emigrar a España fue en aumento de “*mianzi*”^{**} familiar en toda regla. Recuerdo a mis vecinos, amigos, familiares y compañeros de colegio con cierta envidia y admiración cuando les contaba que mi padre estaba en el extranjero. Salir al extranjero en el imaginario chino de los 80 era un mundo fantástico lleno de dinero y oportunidades.

La moda de salir al extranjero no llegaría a China hasta finales de los 90, pero mi padre fue un verdadero emprendedor visionario, partió de su país en 1983, dejando atrás una familia con un niño de 3 años para irse a la aventura y a luchar por un futuro mejor para todos. Los años no pasaron rápidamente, mi madre y yo tras 7 años de papeleo continuo, pudimos venirnos a España a principios de 1990, tras toda la infancia sin ver a mi padre, me pareció un total extraño cuando nos volvimos a encontrar en el aeropuerto de Barajas. Siempre pensaba que era duro crecer sin un padre como referente, pero ahora entiendo que era más duro perderse la infancia de tu propio hijo.

Con el dinero ahorrado con el préstamo de amigos y familiares pudimos conseguir el traspaso de un restaurante chino de pueblo y tuvimos mucha suerte, porque de alguna forma elegimos un pueblo precioso. Un pueblo alicantino llamado Xabia con gente maravillosa que nos ha querido durante nuestros 25 años de tener el negocio abierto.

Al terminar el instituto mis padres me dieron la opción de seguir trabajando en el restaurante o irme a Valencia a estudiar una carrera. Como muchos ya sabéis, para los padres chinos solo existen 4 posibles carreras universitarias; Medicina, Arquitectura, Derecho o... deshonorar a tu familia. Yo entre Derecho y deshonorar a mi familia, elegí la carrera de Derecho y tras algunos largos años de vida de estudiante conseguí terminar mi carrera y ser abogado aunque nunca me he sentido atraído por el mundo de las togas y procedimientos que se dilatan en el tiempo. Quizás es porque siempre he llevado el emprendedor dentro, al igual que mi padre, siempre buscaba algo diferente.

2010, el año que lo cambió todo

La crisis económica hizo que no encontrara trabajo “de lo mío” (pero, ¿qué era lo mío?), la crisis personal hizo que rompiera una relación de pareja que no tenía futuro. Así que tuve que cambiar de enfoque, en vez de buscar jefes que me contrataran, salí a buscar clientes que me pagaran. Además como no tenía dinero para emprender tuve que recurrir al ingenio de nuevo para empezar. Conseguí un dominio.es gratuito que nunca lo renové, no di de alta a la empresa hasta

que no firmamos con el primer cliente, imprimí unas tarjetas a dos colores porque eran más baratas que a cinco colores y compartía wifi con el vecino aunque él no lo sabía.

De esta forma nació la idea de Mediterrasian Consulting, mi empresa, donde yo era el CEO y ¡becario a la vez! Porque para asistir a los eventos de networking y presentaciones tenía que tener un nombre comercial detrás, porque Antonio Liu Yang no era suficientemente conocido entonces. En uno de esos eventos de emprendedores tuve la suerte de conocer alguien que me introdujo en el maravilloso mundo de la interculturalidad, me dió las herramientas necesarias para convertir mi pasión en conocimiento, me animó a ser formador intercultural y me invitó a formar parte de la familia de SIETAR. Al mismo tiempo compaginaba mi labor de consultor con mi pasión por la docencia, haciendo un trabajo constante de Marca Personal por el que me he podido hacer un hueco dentro del mundo de la interculturalidad entre China y España, mis dos culturas. He llegado a dar más de 1000 horas de formación a empresas españolas que trabajan con China, a empresas chinas que vienen a invertir en España, a estudiantes de grado interesados en el idioma, a empresarios chinos afincados en España para conocer mejor la tierra donde están viviendo y a estudiantes de postgrado fascinados con el gigante asiático.

El resto de la historia muchos de vosotros ya lo conocéis; a través del trabajo duro llegaron los galardones, premios y reconocimientos. Al final la Libertad de un consultor me ha dado experiencia en sectores tan diversos como el de la enseñanza, el fútbol, el turístico y las start ups.

He de confesar que soy una persona afortunada de poder trabajar en lo que me gusta, con cierta flexibilidad donde puedo compaginar mis pasiones, mi vida personal y vivir entre las dos culturas, todo esto lo he podido consolidar en menos de 8 años.

El mensaje que me gustaría dejar es que no importa las dificultades ni factores externos, si apuestas por algo, tarde o temprano llegará la oportunidad y si estás preparado puedes triunfar con tu idea y vivir de tu pasión.

** El Mianzi es un valor fundamental de la Sociedad China, literalmente significa rostros o cara. Representa la esfera social y pública de una persona o de su familia. Es el crédito social que goza uno mismo debido a su posición la Sociedad.



Beatrix Hasse

Nacida en Jena, Alemania

Residente en Barcelona

Nivel de estudios: B.A. en Filología Hispánica (carreras secundarias: Ciencias Políticas, Etnología)

Crecí en un pequeño pueblo en la antigua RDA, la parte socialista de la Alemania separada. Recuerdo haber tenido una infancia feliz. Corrí con mis amigos sobre campos verdes y por bosques exuberantes, y en invierno construimos cuevas de nieve mientras fuera hacía -20 grados. Tres generaciones convivieron en nuestra casa: mis abuelos, mis padres, mi hermana y yo.

Cada año pasábamos en familia unas vacaciones de verano en la costa del mar báltico; es donde para nosotros se acababa el mundo – en la frontera norte de la RDA.

Cuando tenía 13 años empezó el tiempo del gran cambio político “Die Wendezeit“ y cuando cayó el muro de Berlín también empezó a cambiar mi vida. Un año más tarde mis padres, con el propósito de darme la mejor educación posible, me enviaron a una escuela con internado. Me trasladé para estudiar a una pequeña ciudad tocando a la frontera con Bavaria. Adaptaron el sistema de educación a la de la otra parte de Alemania y tocaba acostumbrarse a un nuevo entorno de aprendizaje que no tenía mucho que ver con el anterior. También se presentaron nuevas oportunidades: Pertenezco a la primera generación que en el año 1994 aprobó el bachillerato común de las dos partes recién unidas de Alemania.

La nueva libertad se mostró como un gran regalo, y dentro de mí se despertó una curiosidad enorme por conocer diferentes entornos y culturas.

Un viaje a Granada fue el inicio de mis estudios de la cultura y el idioma de España. Mi trayectoria continuó en la Universidad de Hamburgo donde empecé a estudiar Filología Hispánica, Ciencias Políticas y Etnología.

Lo que me hizo mudar la primera vez al extranjero fue un intercambio de Erasmus. En los años 2000 y 2001 estudiaba en la Universidad de La Laguna y pasaba dos semestres en las Islas Canarias. Aparte de los hallazgos lingüísticos a los que llegué por las influencias provenientes del andaluz, venezolano y cubano en el idioma hablado en Tenerife, también me tropecé con alguna diferencia cultural. Me di cuenta que de verdad hay una gran diferencia entre viajar por un país o vivir en él, empapándote de las costumbres locales. Los canarios sobre todo ponían a prueba mi paciencia. Cuando había quedado con amigos de la isla, no fue un caso extraño que aún estaba esperándoles una hora más tarde. Era normal, la gente se quedaba sin quejarse que los demás llegaran tarde. Algo impensable en Alemania, donde hacer esperar a alguien significa una falta de respeto. Un “mañana te llamo” mil veces sólo fue una promesa vacía. En cambio conocí a la gran hospitalidad de los tinerfeños. Cuando te invitaban a su casa, formabas parte de la familia, y los

padres te trataban con el mismo cariño que tenían con sus propios hijos. Estos momentos me permitieron olvidar las dificultades vividas.

Cuando volví a Hamburgo, mis amigos alemanes se quejaron durante mucho tiempo de mi impuntualidad. Me costó un buen tiempo superar el choque cultural con el que me enfrenté de vuelta en mi país.

Después de haber terminado la universidad, empecé a trabajar en el área de periodismo online donde me quedé durante más de 10 años. Viajaba a España cuando podía, pero nunca se perdió el anhelo por volver a vivir en la península para trabajar una temporada fuera de mi país.

Empecé a organizar mi estancia en 2011, explorando posibilidades laborales en Barcelona. La ciudad, en el mediterráneo, siempre me atrajo. En enero 2012 vine con mis dos maletas, llevando a cabo la aventura de irme sola para hacer realidad mi sueño. Encontré trabajo como formadora. Barcelona tiene una atmósfera acogedora, además me sentí otra vez como pez en el agua en un mundo donde convive gente proveniente de muchas culturas.

Vine a Barcelona en un año de plena crisis, y puedo decir que una de las dificultades más grandes tal vez era no acabar en un trabajo de condiciones difíciles, como los muy citados “milleuristas”. Lo conseguí con paciencia y constancia, haciendo sacrificios, y no dejándome comer por los miedos comunes de no atreverse a hacer un paso adelante y quedarse con lo seguro de siempre.

Trabajaba duro y al mismo tiempo me formaba como formadora y coach con un enfoque intercultural. Es el ámbito en el que trabajo hoy, otra vez con gente proveniente de diferentes culturas. Lo que más me gusta de mi trabajo es que es tan variado, y cada día aprendo algo. Eso me proporciona el crecimiento que necesito y hace que la llama nunca se apague.

Mientras tanto, he echado raíces en Barcelona. Conocí a mi pareja y tengo una familia barcelonesa encantadora.

Actualmente, sobre todo me gusta formar equipos interculturales o personas expatriadas en su proceso de adaptación al nuevo entorno. Trabajo en cuatro idiomas: en alemán que es mi lengua materna, en inglés, castellano y catalán.

Cada persona tiene una biografía cultural individual, ninguna es igual que la otra. Por lo tanto me gustaría promover una actitud: ¡Intenta descubrir la parte humana en cada individuo, y actúa con una mente abierta! Seguro que te sorprendes de las cosas que tenemos en común.



Claudia Issa

Nacida en Caracas, Venezuela

Residente en Barcelona

Nivel de estudios: Especialización en Psicología Clínica Comunitaria y Máster en Análisis Grupal

Nací y me crié en Caracas, ciudad capital de Venezuela. El clima cálido de ese país tropical se parece mucho al clima cálido de mi familia de origen, mitad libanesa y mitad venezolana. Tuve de pequeña la fantasía de que el amor por sus respectivos mares - el caribe y el mediterráneo - les ayudaban a entenderse bien. Recuerdo una infancia llena de colores, entre el verde de la frondosa vegetación, el azul transparente del mar y los afectos de tanta gente querida que hacían imposible el gris.

Al terminar el bachillerato, curiosa por saber de otras culturas, me fui a vivir una temporada a Inglaterra y otra a Francia. Luego viajé varios meses, algunos sola y otros acompañada, mochila al hombro y un Interrail en el bolsillo, por 18 países.

Regresé a Venezuela teniendo claro que estudiaría Psicología, queriendo entender cómo es que las personas podían ser tan distintas y tan similares a la vez en los lugares por los que había viajado. Luego me especialicé en Psicología Clínica Comunitaria y me hice Psicoterapeuta y Profesora Universitaria de Psicología.

Las cosas ya estaban cambiando mucho en lo político y en lo social en Venezuela. El resentimiento y el odio entre venezolanos legitimado por el poder, la falta de instituciones que contuvieran la violencia y el crimen, el empobrecimiento y el desabastecimiento general... Y un día, regresando de dar clases en la universidad, un camión se vino encima de mi coche en la autopista, que dió vueltas hasta dejarme boca abajo. Nadie vino a ayudarme durante varios minutos que parecieron una eternidad. Se acercaban sólo a ver y aprovechaban para hacerse con lo que podían. Yo estaba tremendamente asustada. Finalmente alguien me ayudó a salir. Después de múltiples retraumatizaciones que ahorro a mi lector, decidí que no sólo necesitaba salir de ese coche sino lamentablemente también de ese país, donde parte de su gente parecía haber dejado de creer que la vida de alguien era más importante que un retrovisor.

Llegué a Barcelona por una oferta de trabajo que le habían hecho a mi expareja en un congreso internacional. La transición implicó renunciar a mucho de lo que constituía mi identidad: mi familia extendida, mis amigas, mi puesto en la universidad, mis pacientes. Confieso que me lo hacía más difícil sentir que yo había tenido que renunciar a mucho más, pues apenas llegar él ya tenía un buen trabajo, que además le daba ocupación, acceso a una buena red social y le permitía mantener su identidad profesional. Mientras yo me quedaba sola en casa. Ese fue el principio del fin de la relación. Luego entendí que lo que nos había pasado le pasaba a muchos, que el índice de divorcio se duplica en migrantes y expatriados.

Apenas pude, empecé a estudiar un Máster en Psicoterapia y a atender pacientes en consulta privada, en castellano e inglés. Ya eran muchos los venezolanos que huían de la tragedia

político-social de ese país, así que intenté hacerles la adaptación un poco menos difícil ofreciendo atenderlos a precio reducido.

Cuando ya sentía que había reorganizado mi vida, estudié un Master en Análisis Grupal. Me sentía tan agradecida por la manera en que me había sentido acogida en Barcelona, que usé esa formación para intentar dar un poco a cambio a sus habitantes. Durante 4 años llevé grupos de psicoterapia semanales en la red pública de forma gratuita.

Con base en mi experiencia personal, mis estudios y el aprendizaje con migrantes y expatriados en mi consulta, decidí especializarme en ayudar a otros en sus movimientos entre culturas. He tenido el privilegio estos últimos años de acompañar a muchas personas en sus transiciones internacionales: estudiantes internacionales, expatriados y sus parejas acompañantes, extranjeros con las más diversas historias.

También he tenido la fortuna de poder retomar mi vocación de formar a otros, enseñando estos últimos años la asignatura de Comunicación Intercultural en varias universidades, entre ellas la Universidad Autónoma de Barcelona, e impartiendo formaciones vinculadas a la competencia intercultural en empresas e instituciones. Comprometida con contribuir a la competencia intercultural local, he co-creado un juego para fomentarla llamado diversophy® Barcelona y coordino en Barcelona al grupo de SIETAR (Society for Intercultural Education, Training and Research).

Barcelona. Conocí a mi marido italiano aquí. Aquí han nacido nuestros dos hijos, que hablan entre sí en catalán. Aquí nos hemos comprado nuestro primer piso. Este es el lugar que llamamos hogar. Estos 10 años en Barcelona me han enseñado tanto. Creo que sólo los verdaderos vínculos transforman. Y no tengo duda que mi vínculo con Barcelona es verdadero.

Nuestra casa es un lugar de encuentro de culturas. Hablamos castellano, italiano, catalán e inglés. Comemos arepas, kibbe, pasta y tortilla de patatas. Estas fiestas mis hijos recibirán regalos del caga tió, el Niño Jesús, Babbo Natale y los Reyes Magos. Confío en que iremos siempre trabajando por mantener entrelazadas nuestras dos realidades: la global y la local. Y en que disfrutaremos mucho del proceso, como hasta ahora lo hemos hecho.



Deepti Golani Gurnani

Nacida en Beawar-Rajasthan-India

Residente en Barcelona

Nivel de Estudios: Postgrado en Economía

'Toros' 'Flamenco' y 'Barcelona ciudad de los Juegos Olímpicos de 1992' con esta información una recién casada Deepti Golani aterriza al aeropuerto del Prat el día 3 de octubre de 1991 sin saber ni una palabra de español y, catalán ni sabía que existía, eso sí con una maleta llena de ilusiones y sueños, pero el primer disgusto entre comillas vino muy pronto: me acuerdo que llevaba un vestido indio fino y zapatos abiertos de verano como solemos llevar en India, llegué al aeropuerto y tenía mucho frío y es lo único que me acuerdo de mi llegada.

Nací en un pueblo pequeño del norte de India, en una familia de 4 hermanos un chico y 3 chicas, mi padre era director del banco. Mi madre nunca fue a la escuela, pero tenía el sueño de que todos sus hijos tuvieran una carrera, estudié Historia de India, Economía y Literatura Inglesa y un postgrado en Economía. Hay que decirlo con palabras mayúsculas ya que en aquellos tiempos, con los recursos limitados mis padres me enviaron a la universidad, me dieron todo, tengo unos recuerdos preciosos de mi infancia. De pequeña quería ser funcionaria, pero no pudo ser y el resultado fue mi traslado a la ciudad de Jaipur donde trabajé en una empresa textil hasta que me casé y vine a Barcelona. Pero ahí viene otro twist en mi historia, yo era mánager de mi departamento, trabajaba y disfrutaba de mi vida en Jaipur, pero mi madre estaba buscando desesperadamente un marido para mí, tal como se hacía en aquel entonces y todavía se hace en muchas zonas de India -las famosas bodas concertadas- donde la familia busca pareja para ti. Me casé y me trasladé a Barcelona.

Y ¿qué pensaba yo de Europa?: son ricos, no hay desigualdad ni de género ni social, todos saben inglés y hay muchas oportunidades de trabajar, vamos un mundo perfecto. Mis necesidades económicas estaban cubiertas, pero faltaban otras cosas: familia, amigos, conocidos, idioma, comida (yo era vegetariana), permiso de trabajo, clima cálido, fiestas etc. Tantos cambios resultaron en un asma alérgica. Yo quería trabajar, pero no tenía permiso de trabajo, empecé a estudiar primero español después catalán, informática y al final diseño de moda y así pasaron 5 años. Yo ya tenía permiso de trabajo estaba muy ilusionada. En mi primera entrevista me preguntaron qué experiencia tenía yo aquí. Encima 5 años sin trabajar, pasó lo mismo en varias entrevistas y un día dije ¡se acabó! tengo que empezar de cero, buscar y hacer algo donde yo sea experta y ¡bingo! me vino la idea de dar clases de cocina india y así empezó todo haciendo conexiones y "networking" en unas clases de cocina india con cultura India desde donde salieron conferencias, charlas y cursos sobre la cultura india y matemáticas védicas. ¿Y el 'Protocolo de los negocios en India' cómo empezó? Llevaba ya unos cuantos años trabajando ya en la cultura india y también el boom de economía de la India había empezado, pero veía que hablando con la gente siempre me comentaban India es un mercado atractivo, pero es difícil trabajar con ellos y pensé es difícil porque no conocen cosas básicas del mundo de los negocios en India, hice una propuesta que di a una consultoría y hasta hoy.

Tengo muchos recuerdos muy positivos de aquellos años por ejemplo para mí era maravilloso ver que había agua caliente 24 horas en el grifo o las oportunidades de estudiar y aprender, las calles limpias, la seguridad y el respeto para las mujeres. Y estoy muy agradecida a esta vida, porque vivo en la mejor ciudad del mundo (para mí) – Barcelona.

Actualmente soy freelance; trabajo como ‘guest speaker’ en algunas universidades, con las empresas trabajo el tema del protocolo de negocio en India y con los ejecutivos indios el protocolo español, en las escuelas hago talleres de cultura india y matemáticas védicas e intercambio entre escuelas de India y de Barcelona a través de cuentos y canciones populares y solemos hacer sesiones de Skype donde los niños preguntan y responden sobre sus rutinas, hábitos, hobbies etc. No hay nada mejor que conocer otras culturas para salir de tópicos y rumores, especialmente ahora que cada vez más tenemos esta diversidad presente en las escuelas, cuanto antes aprendamos sobre los nuevos y los otros mejor para darnos cuenta de que la diversidad es buena, si no pregunten a mi hijo que de pequeño le traían regalos Papá Noel, los Reyes y Diwali -la fiesta principal hindú- y él encantado de la vida- La diversidad es divertida, las costumbres navideñas catalanas como ‘caganer’ y ‘cagatio’ son un buen ejemplo de esto y de diversidad, aprendemos muchas cosas y salimos de tópicos, como por ejemplo que no todo los indios bailan Bollywood, ni comemos curry cada día, ni hacemos posturas imposibles de yoga todo el día y... lo siento, no, NO TENGO NI HE TENIDO NUNCA UN ELEFANTE.



Elena Shliakhovchuk

Nacida en Kiev, Ucrania

Residente en Valencia, España

Nivel de estudios: Doctora en Industrias de la Comunicación y Culturales

Soy una chica de gran ciudad al 100%, de Kiev. Tuve una vida agradable dando clases en la universidad, colaborando con Peace Corps, y llevando a cabo labores de consultoría intercultural. Realicé viajes de trabajo por toda Ucrania, a Rusia, Bielorrusia y Kazajistán; impartiendo talleres interculturales, de repatriación, y de diversidad e inclusión. También impartí programas de formación para adultos, jóvenes talentos y niños. La vida era buena. ¿A qué sí?

Todo continuó así hasta que decidí llevar a cabo mi sueño de siempre, que era el de obtener un doctorado y entrar en la mejor universidad de Ucrania. Al principio me centré en los estudios culturales, pero eran muy teóricos. Mi alma práctica anhelaba ideas prácticas e innovadoras, y las encontré en el campo de la investigación de los videojuegos; y con un profesor dispuesto a ayudarme a investigar la influencia de los entornos de los videojuegos en la formación de las competencias interculturales. Aun así este profesor estaba en España. Lo más fácil hubiera sido hacer un acuerdo de cotutela¹ entre las universidades española y ucraniana. Desgraciadamente la maquinaria burocrática parece que rompió mis sueños de una forma despiadada.

Tenía decisiones que tomar. ¡Vale, me estoy yendo a España! Soy una instructora y consultora intercultural con años de experiencia, formando a otros en cómo trasladarse al extranjero. Soy imparable. Soy una experta y tendré éxito fácilmente en el nuevo entorno. ¡Qué ingenua era!

Uno de mis grandes desafíos previstos-imprevistos al llegar a España fue mi necesidad de tener amistades reales e interacciones con sentido. El concepto ucraniano de amistad es: “mi amigo=mi familia”. Mis amigos en Kiev son personas de confianza con valores y morales similares, los cuales he conocido durante años. ¿Pero dónde encontrar a esos amigos en el nuevo entorno? Me uní a meetup.com² y comencé a organizar eventos, conociendo a mucha gente diferente, tanto locales como extranjeros. Primero hice amigos basados en criterios de idiomas (hablantes de ucraniano y ruso), después en edad (gente en la treintena), y a continuación con similitudes de nuestra historia (expats recientemente llegados). Aun así, ninguna de esas estrategias dio los resultados deseados.

Mi lucha para hacer amigos fue acompañada por un sentimiento no deseado de downshifting total. Cuando llegué a Valencia, la tercera ciudad española en población, mi “amor español” era excelente (debido a Ricky Martin, de quien había sido una gran fan desde finales de los 90). También excelente era mi nivel de español coloquial (de ver telenovelas latinoamericanas). Pero aun así mi español académico necesitaba una buena mejoría. Además de ser una reputada docente, donde se referían a mí por el nombre y [patronímico](#) (forma de cortesía en Ucrania),

¹ Acuerdo de supervisión (cotutela) conjunta de tesis doctorales entre dos universidades.

² Meetup.com es una comunidad online para organizar eventos para personas con intereses similares.

acabé siendo una estudiante promedio en el campus. A cualquier sitio donde iba vestía de una forma demasiado arreglada, ya que tuve que comprar mis primeros pantalones vaqueros desde que había tenido 20 años.

La protagonista de “Sex and the City” dijo una vez que en Nueva York todo el mundo busca tres cosas: trabajo, amor y un alojamiento. Descubrí que esto era aplicable a toda ciudad en el mundo con un cierto tamaño. Y esto también me ocurrió en Valencia. Encontrar alojamiento fue una pesadilla: durante los primeros 14 meses, me mudé más de 5 veces hasta que al final logré encontrar el piso perfecto. Lo de encontrar trabajo fue bien, ya que rápidamente encontré trabajo de profesora de TELF y ESP en uno de los colegios británicos de la ciudad.

El único bálsamo para mi alma durante ese tiempo fueron los eventos que organizaba, que me dieron buenas satisfacciones de forma inesperada. Mis habilidades organizativas y comunicativas fueron reconocidas con el premio al “Mejor Anfitrión de Eventos” de los años 2016 y 2017. En 2017 fui invitada a organizar eventos en la red Internations, los cuales continúo organizando. Creé una buena red de conocidos, varias amistades íntimas... y encontré el amor de mi vida!

Cuando organizaba eventos, me sorprendí de la percepción sobre los ucranianos en el mundo. “¿cuánto cobras por limpiar pisos?”, “¿es tu marido español?”, “¿puedo invitarte a una copa?”, “¿estás en situación legal aquí?”, “¿eres solicitante de asilo?” (refiriéndose a la guerra ucraniano-rusa). Estas preguntas me fueron persiguiendo, y dependiendo en la situación aprendí a dar respuestas ingeniosas, graciosas o serias. Ahora me dedico a mejorar la imagen de los [ucranianos](#) en el extranjero y a ayudar a la gente a mostrar [Ucrania](#) de [primera mano](#).

Éste es mi cuarto año en España y las cosas están mejorando para mi bastante. Ya volví a impartir programas formativos interculturales, de repatriación y de inclusión; pero esta vez en España y Francia. Obtuve mi título de doctorado en Comunicación y Culturas. He escrito artículos; colaborado como escritora, revisora y coeditora de libros, capítulos y artículos en tecnologías educativas y aprendizaje basado en juegos digitales. Soy ponente invitada en conferencias internacionales, exponiendo sobre racismo, sexismo, desafíos culturales y los videojuegos y su potencial docente. Actualmente estoy también ocupada montando mi propia consultora donde ayudo a educadores, profesores y padres a utilizar los videojuegos como una herramienta de enseñanza y aprendizaje. Mi primer libro sobre el aprendizaje basado en juegos digitales saldrá en invierno de 2020.

La vida es buena. ¿A que sí?



Jean-David Kouassigan

Nacido en Lomé, Togo

Residente en Palma de Mallorca, España

Nivel de estudios: Postgrado en Estudios Africanos y Desarrollo

La diversidad cultural y el hecho de ser migrante han definido mi identidad desde mi primera infancia. Nacido en Togo, de padre togolés y madre franco-maliense, dejé Togo con mis padres a la edad de 6 meses, debido a un contexto político difícil y los riesgos asociados para los miembros de mi familia. De hecho, no pude regresar a Togo con seguridad hasta la caída del régimen político vigente en ese momento, 28 años después. Mi primera migración fue el exilio.

Y así pasé mi infancia en Benin y Senegal, de los cuales guardo recuerdos maravillosos que incluyen el calor del clima y, lo que es más importante, la calidez humana. En esos países, pronto me sentí como en casa; en parte, porque son, países de habla francesa, mi lengua materna y el idioma "desunificador" del imperio colonial francés, pero también porque las personas y los pueblos de África occidental son extremadamente móviles dentro de la región; proceder de un país vecino era entonces una norma más que una excepción. Esta movilidad persiste hoy y de hecho la migración africana hacia Europa solo representa [el 20% del movimiento migratorio africano](#); el 80% de esas migraciones ocurre dentro del continente africano y tiene una cara diferente: en gran medida, y con la excepción de los desplazados forzados, [los que migran dentro del continente generan comercio](#) y contribuyen en gran medida al PIB de su país de acogida. Esto siendo algo un poco fuera del tema de este papel, pero mucho más importante que mi historia personal, tenía que mencionarlo.

Luego, cuando tenía 8 años, mi familia y yo emigramos a Suiza debido a un grave problema de salud de una de mis hermanas, que no se podía tratar localmente. Mis recuerdos iniciales de Suiza son Alberto, David, Pablo y Marco, los primeros amigos que hice y que me adoptaron como uno de los suyos, probablemente porque también eran de familias migrantes, siendo españoles, yugoslavos, o suizos de segunda generación. También recuerdo de Suiza lo que llamaría "represión conductual": las reglas de vida en Suiza imponen silencio, conservadurismo y un alto grado de supresión de mi carácter extrovertido. ¡Qué marcado contraste con las bulliciosas reuniones familiares que experimenté en Dakar! En ese sentido, mi primer choque cultural requirió una gran dosis de ajuste de comportamiento y una impresionante colección de sanciones escolares por "comportamiento inaceptable", algo de lo que estoy secretamente orgulloso.

Me recuerdo también de Suiza como un país donde se mezclan diversas culturas; tanto dentro de la población suiza, compuesta por [4 grupos lingüísticos](#) (de habla francesa, alemana, italiana y "[romanche](#)", un dialecto en extinción) y dentro de las comunidades extranjeras que acuden allí para buscar una vida mejor o al menos , un trabajo mejor pagado.

Después de la secundaria, empecé a migrar por elección: quería ser un "hombre del mundo", descubrir otras culturas y aprender idiomas. Obtuve una beca y fui a estudiar a Estados Unidos, donde me inscribí en programas de "study abroad" en Madrid y San Petersburgo, seguido de estudios de posgrado en Inglaterra. Londres fue una experiencia migratoria en sí misma porque

me mudé de casa varias veces en una ciudad donde diferentes vecindarios tienen distintos tonos culturales; en el oeste de Londres, en el vecindario de Earl's Court, aterricé en lo que se llamaba peyorativamente "Kangaroo Valley" or "[Aussie Land](#)" debido a su importante comunidad australiana, mientras que, en Brixton, al sur de Londres, me sumergí en una [cultura afro-caribeña](#) que recordaba a mi(s) país(es) de origen. No hace falta decir que en ese período desarrollé muchos "yo", llegando al borde de tener múltiples personalidades.

A los 28 años tomé la decisión de regresar a África. Quería redescubrir de dónde vengo y encontrar mis raíces; no en un país en particular sino en África occidental, porque es el territorio con el que más me identifico, sin ninguna noción particular de nacionalidad. Basado en Abiyán, [Costa de Marfil](#), viajé profesionalmente durante 6 años, descubriendo diez países y veinte ciudades. Y aprendí tanto sobre las divisiones creadas por las diferencias étnicas y sociales que sobre la generosidad de aquellos que no tienen casi nada.

En 2003, una promoción profesional tanto como la ironía de la vida me trajo de regreso a Suiza, un país al que no quería volver, pero donde la compañía para la que trabajaba entonces tiene su sede. El regreso a una "sociedad cerrada", la orientación de solo trabajo y la falta de tiempo para reconstruir una red social me superaron, así que tomé la decisión de renunciar un año después y me mudé a Barcelona.

He vivido en España desde entonces y debido a mi necesidad de "movilidad intelectual", trabajo como consultor independiente; Presto servicios a empresas del sector privado y ONG, ayudándoles a expandirse internacionalmente – en particular hacia África - y doy formación intercultural en universidades y empresas internacionales. Esta última área es para mí una fuente de satisfacción intelectual pero también un camino de descubrimiento personal. Me ha enseñado que la diferencia es, en última instancia, lo que todos tenemos en común.

¿Qué puedo decir para concluir mi historia migratoria? Quizás que la identidad cultural no depende de una bandera o del suelo en el que uno nació; Es algo vivo, cambiante, algo que transformamos a lo largo de nuestra vida, estando en contacto con los demás. ¿Quién sabe quién seré mañana o cómo me definiré? Cambiar nuestra definición de nosotros mismos a medida que avanzamos en la vida: esa es la máxima libertad.



Lilian Castro Rojas

Nacida en Buenos Aires, Argentina

Residente en Valencia

Nivel de estudios: Periodista (radio, prensa escrita, producción medios)

Nací en la ciudad de Buenos Aires, República Argentina. Una gran ciudad que es el centro neurálgico por el que pasa la vida de todo un país. Caótica, con un centralismo feroz, culta, inmensa, diversa y creativa. Un lugar donde conviven, como en un desconcertante puzzle, lo más grandioso de las capitales europeas, así como también las villas miserias o el particular barrio bajo.

Han pasado ya 19 años desde el día en que presenté mi solicitud a la estancia anual que ofrecía la **AECI** (Agencia Española de Cooperación Internacional). La misma brindaba la posibilidad de conocer el trabajo que se realizaba tanto en Radio como en Televisión Española. (**RNE -TVE**) Recuerdo haber echado mi solicitud a ultimísimo momento y a última hora de cierre en las oficinas de la Embajada Española en Buenos Aires.

Una tarde al volver de mi actividad laboral (como cronista de radio para el servicio informativo de Radio del Plata) tendría un mensaje de la embajada en la que me daban la enhorabuena por haber sido seleccionada para el intercambio- estancia en **RNE -TVE**. Para mi sorpresa tenía menos de tres semanas para prepararlo todo ya que debía presentarme a finales del mes de marzo de 2000 junto con otros 14 periodistas de distintos países de las américas.

Fueron cuatro meses de aprendizaje y de convivencia con las distintas idiosincrasias de los colegas tanto españoles como americanos. No solo fue esta la novedad durante mi tiempo en Madrid sino también otro episodio cambiaría y marcaría aún más el rumbo de mi vida personal y profesional: enamorarme.

Una vez acabada la estancia todas/os volvimos a nuestros países. Regresé sí, pero con la desconcertante sensación de quien se enamora y no sabe manejar una relación a distancia. Durante seis meses los viajes se sucedieron desde Nueva York hacia Buenos Aires, y desde Washington hasta que decidimos que uno de los dos tenía que mover ficha para estar juntos y ver que pasaba. Y hago hincapié en este aspecto porque este fue mi real y único motivo por el que hoy estoy fuera de mi país. Emigrar por amor también es una de las causas de la emigración. Y partir de aquí mi vida cambió totalmente. Aún recuerdo las interminables charlas con mis colegas y amigos que me preguntaban preocupados si estaba segura de la decisión que iba a tomar. No había sido fácil llegar a la posición laboral y al peldaño de notoriedad que había logrado en mi campo del periodismo radiofónico. “Estás segura ...? mirá que esto puede salir mal y si sacás los pies de aquí retomar te puede costar mucho” valoré mucho estos consejos y a la vez no. Y me fui a vivir a Nueva York, primero y luego Washington. Y de esta manera, comenzaba otra etapa en mi vida, la de corresponsal de prensa para España y Argentina. Desgraciadamente fui testigo desde Estados Unidos de la debacle económica, “corralito”, del atentado terrorista de las Torres Gemelas, de la psicosis permanente del terrorismo, del ántrax y de la guerra contra los talibanes.

Mi vida en Estados Unidos fue un potencial para aprender y desarrollar otras facetas de la profesión: idiomas, convivir en espacios interculturales, conocer de primera mano aquello que la mayoría vemos en el cine: Estados Unidos y su diversidad cultural gestionada y sin gestionar. Dos años y medio después volvimos a España. Seguí como corresponsal de prensa para Argentina, pero ahora ya con la idea de quedarme y trabajar desde España. Es así que durante el tiempo que viví en Barcelona escribía artículos para la Agencia de Noticias EFE, al mismo tiempo, me formaba en la Mediación Intercultural.

Tal y como se daba la situación, volver a España supuso un volver a empezar de cero. Más tarde vendrían la maternidad, los momentos de crianza y la conciliación laboral. Nuevamente se presentaba el reto reconvertir esas habilidades o caer en la tentación de ser sepultada por las situaciones. Y es así que la formación en Mediación Intercultural, los temas de Inmigración y la formación como Agente de Salud Comunitaria rediseñaron nuevamente mi perfil laboral. Actualmente, vivo en Valencia trabajo en un proyecto de promoción de la salud en el que puedo poner en práctica todas esas habilidades que he ido aprendiendo. Me siento afortunada porque tuve la oportunidad, en mi caso de pensar, de soñar, de adaptarme, de vivir mis duelos, mis desarraigos, de estar acompañada por mi pareja y su entorno. Mis hijas han sido y son ese nexo maravilloso a esta tierra. Estoy en ese momento en que, como dice la canción **“ni soy de aquí ni soy de allá”** es esa sensación de que tienes hogares en todas partes.

Me quedo con la fortaleza y con la capacidad de adaptación al cambio, me quedo con la habilidad de acompañar desde la empatía otras historias autóctonas o migradas que se presentan en mi actividad laboral. Mi meta ahora es comunicar y visibilizar el trabajo comunitario, comunicar salud ya que tengo herramientas para empezar otra maravillosa etapa.



Mercedes Valladares Pineda

Nacida en Madrid, España

Residente en Madrid, España

Nivel de estudios: Licenciada en Psicología, Másteres en Dirección de Empresas y Recursos Humanos, Derechos Fundamentales, Life-Business Coaching, etc.

Mi familia vivió en Madrid durante la temporada en que mi padre realizó sus estudios de Doctorado. Allí nací, en un día nevado de navidad. Un poco antes, dentro del claustro materno visité por primera vez algunos países europeos: Austria, Italia, Suiza, Bélgica y Alemania. A los 11 meses de edad me fui a vivir a Tegucigalpa, la capital de Honduras. Llevo la palabra “migración” grabada en sangre y fuego en mi ADN.

Mi infancia estuvo llena de viajes. Me marcó un eslogan familiar que ha sido sello de identidad de muchas generaciones: “viajar es vivir”. A mediados del siglo XIX mi bisabuelo materno, un español capitalino, emigró a Honduras. Cuenta la fabulación familiar que en el pueblo donde vivía, le llamaban el “señor de Madrid”.

Los recuerdos más cercanos y emocionales son la visita a un pueblecito llamado Erandique, en el departamento de Intibucá que -era una zona de ópalos- y mi viaje al río Guayape en Olancho, donde pude coger con mis propias manos auténticas pepitas de oro. Con 10 años retorné al extranjero. En aquella ocasión, viajé a Ciudad de México y Guadalajara. Y, en Miami, visité Disney World. A los 12 años, acompañé a mis padres a la Isla de San Andrés en Colombia. A los 16 años las ganas de conocer el país que me había visto nacer me hicieron volver a España. En esa oportunidad, conocí a mis tres primos granadinos hijos de uno de mis tíos por parte de padre.

Por avatares del destino, su suegro era el mejor fabricante de guitarras en el mundo y estas eran confeccionadas con madera de cedro y caoba importadas de Honduras. Aproveché también para visitar varias ciudades en Francia. A los 17, viajé a Ottawa, Canadá y a Baltimore, Estados Unidos, para estudiar inglés.

Después de finalizar mis estudios universitarios me vi obligada a salir de mi país. Mi familia recibió amenazas y represalias como consecuencia de la responsabilidad política de mi padre como Defensor de los Derechos Humanos.

Me aclimaté a Madrid en tiempo récord, no recuerdo haber tenido “choque cultural”: a los tres meses de llegar me sentía como pez en el agua. En Madrid, he tenido la oportunidad de entender la adoración que profesaban mis abuelos paternos hacia España, y sus memorias teñidas de maravillosos recuerdos durante la época en que se desempeñaron como los primeros embajadores de Honduras en España y la Santa Sede.

Algunos objetos que decoraban mi casa en Honduras, como las espadas de Toledo y las bailarinas sevillanas de Andalucía, empezaron a tener significado para mí.

Mis primeros años de estudiante giraban en torno al ocio y mis estudios. Fui alumna de Gregorio Peces Barba, uno de los padres de la Constitución española y excompañero de estudios de mi padre. Conocí a mi madrina procedente de León, Boñar, quien durante mi infancia había sido un personaje emblemático y misterioso.

Luego, trabajé en la Embajada de Honduras en Madrid y allí tuve la oportunidad de conocer los problemas de los inmigrantes hondureños y las bondades y desventajas de la burbuja diplomática.

Mis primeras dificultades se produjeron cuando rechacé un traslado a la embajada de Honduras en Roma y decidí convertirme en una inmigrante de a pie. Construir una red de contactos desde cero ha sido mi principal desventaja porque venir a vivir a otro país cuando eres adulto es como volver a nacer.

Por suerte, mis inconvenientes se han convertido en oportunidades ya que gracias a la inestabilidad laboral en la que he vivido (nunca he tenido un puesto de trabajo fijo) he aprendido a gestionar la incertidumbre y he trabajado en diferentes sectores relacionados con la interculturalidad y la diversidad. Hoy puedo decir que el esfuerzo que he realizado para conocer otras personas empieza a dar frutos. Trabajo como coach intercultural en una fundación en la que tengo la posibilidad de facilitar procesos de coaching a personas de más de 15 nacionalidades.

Pero lo más importante de todo es que a través de mi empresa TransCulturality (Psicología, Coaching y Cultura) dirijo a un grupo de psicólogos e interculturalistas que al igual que yo desean promover la diversidad cultural como foco de nuestro trabajo el ámbito de la psicología.

A día de hoy, mi familia está repartida en diferentes partes del mundo: Honduras, Estados Unidos (San Francisco, Utah, New Orleans), Italia, Nueva Zelanda, Argentina y Granada.

Mi madre es nativa de una región hondureña de familias españolas, y está comprobado que los apellidos de mi familia paterna son sefarditas de origen judío. Mi experiencia y mis vivencias me han llevado a concluir que:

No pertenecemos a ningún lugar, pertenecemos a muchos lugares a la vez. Cada célula de nuestro cuerpo está impregnada por millones de influencias procedentes de todas partes del mundo. Decir que somos de un país, es la mayor utopía del siglo XXI.



Mohamed Benzagur

Nacido en Tetuán, Marruecos

Residente en Castellón de la Plana

Nivel de estudios: 2º Filología y Letras Hispánicas

Marruecos, Tetuán, 1993. Por fin he terminado la formación. He cumplido con uno de mis sueños y empieza una nueva etapa para mí. Ahora soy funcionario del Ministerio de Interior y eso implica que tengo un nuevo destino que está a 60 km de mi ciudad natal. Estoy muy impaciente por empezar aunque se que esta esperada salida de mi zona de confort y de mi entorno me va a exigir mucho. Soy joven y, además del esfuerzo, he tenido suerte de poder acceder al trabajo, dejar de depender de mi padre y de ayudar a mi familia. Es lo que yo quería... Así empieza mi primera emigración; insignificante para muchos, pero muy relevante para mí porque empiezo a sentir lo importante que es dejar un entorno, una familia, unos/as amigos/as, un clima, unos aromas, una banda sonora... (sí, las ciudades tienen banda sonora).

La cercanía de Chefchaouen no ayudó mucho en mi adaptación, a mi nuevo entorno. El primer año se hizo muy largo por tres razones primordiales: primero, en el puesto de trabajo éramos personas que provenían de varias zonas de Marruecos. Segundo, yo me iba casi todos los fines de semana a Tetuán para ver a mi familia y mis amigos (de repente se había convertido en lo único importante de mi vida). Tercero y por último, no había conseguido tener amigos/as en la ciudad. Vivía y veía cosas raras que, pasados muchos años, cuando ya dejé de pensar que yo era el ombligo del mundo y ya asentado en España, entendí que eran códigos culturales propios de cada persona o cada colectivo y que lo que hacía era enriquecer la convivencia.

Un día me encontré a un conocido que llevaba mucho tiempo en Chefchaouen donde ejercía como profesor de secundaria. Empezamos a vernos con frecuencia y a través de él pude conocer a gente de la ciudad. A partir de ahí, empecé a pasar más fines de semana con ellos/as y eso me hizo ver mi entorno de otra manera.

El tiempo ya no pasaba tan despacio y de repente habían pasado cinco años. Una mañana, mi jefe me llama y me dice que mi nuevo destino era Tetuán ¡¡¡Tetuán!!! Ya no me acordaba que antes, cuando el tiempo pasaba muy despacio, había enviado miles de solicitudes implorando mi vuelta a mi ciudad.

Los primeros días en Tetuán me recordaron aquellos que pasé en Chefchaouen. Los días eran muy largos y aunque había vuelto a ver a algunos de mis amigos, echaba de menos a muchos que sólo estaban a 60 km. Luego me casé, el tiempo empezó a ir más rápido otra vez. Tuve un hijo y a partir de ahí empecé a sentir que ya no me gustaba mi trabajo. Me di cuenta que no era tal y como la había imaginado. Después de meditarlo durante un par de años, y sabiendo que mis dos hermanos/as vivían en España, conseguí convencer a mi familia y a mi esposa de que mi lugar ya no era Marruecos y que tenía que empezar de nuevo.

Antes, durante y después de tomar la decisión de emigrar, el tiempo tampoco pasa muy rápido... Empiezas a pensar otra vez en el entorno, la familia, los/as amigos/as, el clima, los aromas y la banda sonora. Los echas de menos incluso antes de emprender el viaje...

Después de festejar el segundo cumpleaños de mi hijo, emprendí el viaje hacia Castellón. Tengo que reconocer que tengo poco que comentar sobre mi adaptación; he tenido mucha más suerte que otras personas en mi situación. No me he encontrado con barreras de comunicación porque dominaba el idioma y al estar mis hermanos en la provincia, siempre he contado con una red que me ha ayudado a empezar.

Mi primer trabajo, una empresa de bañeras de hidromasajes, me hizo aterrizar rápidamente y ver mi nueva realidad. Había perdido mi estatus profesional y mi trabajo se reducía a llevar a cabo tareas rutinarias que hacían que, otra vez, el tiempo pasara muy lento. Tenía dos posibilidades: o conformarme y seguir en esa nueva dinámica o abrirme y buscar otras alternativas. Opté por la segunda. Después de pasar por varias empresas de azulejos, pude reagrupar a mi mujer y a mi hijo. El año 2004 siempre significará mucho para mí. Fue cuando descubrí el mundo de la mediación intercultural y la gestión de la diversidad. Ahora, pasados todos estos años, además de ser mi profesión, se ha convertido en mi modo de vida... Estoy muy agradecido a las personas que lo han puesto en mi camino y a todos/as los/as que me han ayudado y han confiado en mí.

Hoy, estoy trabajando en el ayuntamiento de Castellón de la Plana y, a la vez que estoy haciendo lo que me apasiona, me he dado cuenta que, humildemente, estoy contribuyendo a algo importante en la sociedad. Mi hijo estudia y mi mujer, la mejor chef del mundo, está gestionando un bar restaurante. Yo la ayudo cuando puedo. Por cierto, hace una semana hemos ganado un premio a la mejor atención al cliente. Siento que ha merecido la pena emprender el viaje.



Natalia Fernández Díaz-Cabal

Nacida en Súrria, España

Residente en Barcelona

Nivel de estudios: Doctora en Lingüística y Doctora en Filosofía de la Ciencia

Nací hace mucho más tiempo del que quisiera admitir en un pueblo aislado de la Cataluña central. Nací en tiempos de dictadura y de un mundo bipolarizado o, lo que es igual, partido en dos por un muro que atravesaba una ciudad, y que significó que los de occidente no sabíamos nada de los del oriente, y viceversa. Nací cuando era imposible para una niña de seis años aprender idiomas porque Barcelona, a apenas 70 km, quedaba tan lejos como Manchuria. Nací cuando enfermedades hoy casi extinguidas, o raras, te podían confinar a cuatro años en la cama y obligar a tu imaginación a los viajes que tus piernas no podían emprender. De ese pasado surge lo que yo acabaría siendo como persona: una viajera impenitente que siente que cualquier lugar en el mundo es su casa y cualquier ser humano alguien familiar y fascinante.

Salí por primera vez fuera de mi país casi con 18 años (los cumplí a lo largo de ese viaje iniciático que me llevó por gran parte de Europa, en autobús, deteniéndome con anhelo infinito en cada paraje, atendiendo a cada conversación, olvidándome de mi vieja piel para dejar que lo nuevo se abrazara y se disolviera en mí, conmigo). A partir de ese momento entendí que había renunciado a mis raíces (sin dejar de amarlas) para estrenar unas alas. Y que ese proceso de renuncia iniciaba lo que sería el resto de mi vida: el de una persona que luego ha vivido en varios países, ha hablado diversos idiomas, ha conocido un sinfín de gente...Y siempre con la mirada atenta, la escucha avizor, la fascinación intacta.

Donde estuve más años fue en Holanda. Recuerdo mi primer año, el más duro, con una infinita ternura: mis horas aprendiendo dos lenguas (yo hablaba francés y alemán, pero no holandés ni inglés), sentada en un sillón junto a una chimenea, mientras perfeccionaba mis primeros bocetos para dar charlas en idiomas que no conocía (empezaba a preparar mi primera tesis doctoral). Pero dispuesta a hacerlo. Dispuesta a todo, a pesar de que la melancolía a veces era tan potente que apenas me dejaba ver la luz. Era una melancolía difusa, porque, pese a todo, no quería regresar a mi país. Era más bien una melancolía que tenía que ver con aquellos paisajes de otoño, el bosque denso en el que vivía, el silencio ambiental, los días grises, la llovizna suave y continua, los amaneceres a las diez de la mañana, los ocasos a las cuatro de la tarde, las luces de los tranvías avanzando en la niebla...

Provengo de una generación analógica, en realidad prehistórica. Las comunicaciones eran caras y arduas, volar era un lujo...Lo que estaba lejos siempre quedaba lejos, porque la tecnología aún no había acortado las distancias. En las conversaciones telefónicas se producía siempre un desfase con la persona que hablabas: una leve falta de sincronía que hacía que a veces, antes que escuchar a tu interlocutor, escucharas tu propia voz. Y quizá eso es la mejor metáfora del exilio: un espacio en el que escuchas, en primer lugar, tu propia voz. Por supuesto que el transcurso de los años en un mismo país te acaba convirtiendo en una persona diferente: ya te manejas con

soltura en varias lenguas (algo que al principio me parecía imposible), las barreras han sido derribadas, el otro no es tan diferente y, además, empiezas a enamorarte de la diferencia, a sentirla necesaria, a reivindicarla como un “elemento de construcción masiva”.

Siempre estuve en contacto con la interculturalidad y fui muy consciente de ella. Quizá por eso no he buscado a mis conciudadanos en todos esos años como migrante voluntaria (solo el trampantojo del primer año, azuzada por la nostalgia, me hizo comportarme de manera extraña escribiendo a gente que apenas había conocido, solo por la emoción de recibir alguna carta -sí, carta: los emails y los whatsapp son unos aliados de la inmediatez que llegaron a mi vida, a nuestras vidas, mucho más tarde-). Mis amigos eran casi todos de otros lugares. No echaba de menos “comunicarme en mi lengua con los míos”. Porque, a fin de cuentas, ¿quiénes eran los míos?

Por otro lado, empecé muy pronto a dar clases de español como segunda lengua, lo que implicó también impartir módulos de “aculturación”, como se llamaba entonces. Me gustaba el reto de no saber cómo sería mi alumno siguiente, qué esfuerzo tendría que hacer yo para ponerme en su lugar y tratar de avanzar con él. Esa manera de “caminar al descubierto” es algo que sigo practicando a día de hoy: me dejo sorprender, no llevo jamás un guión preestablecido, me abstengo de cultivar expectativas, me adapto en nanosegundos gracias al reflejo en la mirada del otro. Nunca se me ocurrió considerar el extrañamiento una amenaza, sino una herramienta portentosa para conocer a los demás mejor y desde luego a mí misma.

Soy profesora de comunicación intercultural desde el minuto uno de mi trayectoria. Y de eso hace mucho, muchísimo tiempo.



Renato Antonio Brancati

Nacido en Provincia de Buenos Aires, Argentina

Residente en Castelló de La Plana, España

Nivel de estudios: Docente y Mediador Intercultural.

Marzo 2003, llegada al aeropuerto de Barcelona. Luego de casi doce horas de vuelo desde Buenos Aires, mi historia personal tomó otro cauce más allá de las expectativas y elucubraciones mentales. A veces, el amor te tiende sus manos para seguir aprendiendo más allá de las fronteras, y de repente como una ráfaga de viento cálido primaveral comienza un otoño en el corazón que te hace ver las cosas de otra manera y tienes que cambiar de perspectiva, girar la mirada a un lugar donde cuesta acostumbrarse a ver, hacia mí mismo y soltar.

Castellón de La Plana no se hizo esperar y, al llegar, en plena fiesta patronal de la Magdalena, mi primera borrachera en una discoteca española hizo que cayera en un profundo sueño, fluyendo las preguntas de dónde estoy, quién soy y a qué he venido, entre el pum pum de la música house, tecno-pop y tribal que estaban de moda en ese momento. ¿Estás bien? me dice un pibe que parecía peruano, que trabajaba allí. Efectivamente, cuatro meses después, fuimos compañeros de trabajo en una tienda de suministros de fontanería, que parecía la feria de las colectividades.

Pieles de todos los colores, marimbas de diversas culturas, además de gente de la terreta, un aquelarre de idiomas y acentos daban ritmo al trabajo y a la generación de nuevas amistades procedentes de Guatemala, Europa del Este, Nigeria, Cuba, Andalucía, Perú, Estados Unidos, Colombia, Venezuela, Argentina, Uruguay, que como un puente multicultural me permitió transitar un camino durante más de cuatro años de trabajo entre tuberías, inodoros, bidets, muebles de baño, bañeras de hidromasaje y cerámicas.

Cuando el trabajo llegó a su fin, Cruz Roja estaba lanzando un plan de empleo donde iban a formar a personas en mediación intercultural. Tuve la alegría de insertarme en la formación y comencé a recordar mi vida intercultural que desde pequeño había experimentado en mi familia, en el barrio, en la enseñanza secundaria, en el magisterio y en mis relaciones con personas y amistades de los pueblos originarios de Argentina y de América, en el ámbito de la música, la plástica y la danza.

Conocer la mediación intercultural me ha transformado positivamente. Aprendí a deshacer prejuicios y a ver los estereotipos con una percepción más amable de las culturas y de las personas, de las creencias, de las costumbres, sus formas de relacionarse, valores, cosmovisiones y sentimientos de pertenencia a uno u otro grupo e ideología, a la vez que comencé a observar mi propio árbol familiar multicultural: Italia, Argentina, Alemania.

En Buenos Aires estaba en un grupo de danzas folklóricas argentinas y posteriormente incursioné en la facultad del arte y estudios culturales. Mis manifestaciones como maestro de escuela primaria estaban repletas de interculturalidad y aceptación por los conocimientos del mundo conocido y por conocer.

La interculturalidad comenzó a fluir de una manera más consciente en mi día a día, los gestos, la mirada contemplativa y la respiración se adaptaban a las causas y consecuencias de los hechos y experiencias, no solo mías sino de las interpretadas por otras personas, las cuales, a veces, me producían cierto rechazo. Cuanto más me contaban la historia de sus países, de sus pueblos, de los barrios de procedencia, de sus familias, repletas de miedo: de sinceridad, de alegrías: de sorprendentes proezas, de celebraciones: muertes y nacimientos, de tristeza: guerras y dolores entrañables, mi corazón se expandía y mi mente comprendía más.

Algunas de esas situaciones, las había experimentado en mi país y otras pasaban desapercibidas por no observar más detenidamente los reflejos de las realidades. Un día pude extender la mirada más allá de lo que mis ojos ven, otro amanecer, y luego llegó otro día, otro atardecer, me di cuenta que había algo que unía a la humanidad: el corazón, el latido que nos da sentido y empuje, l'espenta, l'empenyiment com es diu en llengua valenciana, que nos abre la puerta a la vida, al planeta Tierra, al cosmos, a la diversidad cultural y al talento diverso.

Gracias a profesionalizarme como mediador intercultural, comencé a dar lo que había recibido. Involucrándome en voluntariado, trabajando en diferentes proyectos de la comunidad valenciana, fomentando inclusión social, educación intercultural, transformación pacífica de conflictos para el bienestar social en ámbito comunitario, interreligioso, educativo, sanitario, con infancia, juventud y personas mayores de todas las edades, además de participar como agente Antirrumor para la convivencia intercultural y hacer docencia con estos conocimientos y experiencias.

Hoy estoy contento, sigo en el camino de la paz, creo en la pacificación entre los colectivos y personas, creo en el amor que permite ir más allá de las fronteras, de las corporales, de las mentales, de las emocionales.

Me siento transcultural, me encanta conocer gente culturalmente diversa, sigo sorprendiéndome cuando mis oídos hacen el esfuerzo por escuchar compasivamente en medio de los rumores y los idiomas, y como esa ráfaga de viento primaveral vuelve a recordarme que, como canta Melendi, “voy caminando por la vida, sin pausa, pero sin prisas. Procurando no hacer ruido, vestido con una sonrisa, sin complejo ni temores, cantando rumbas de colores”.

Recuerdo, el 9 de mayo de 2003, sentados en un bar con mi gran amigo, que escribía en una servilleta este mensaje: “Renato, hace un día maravilloso y estamos comiendo. Estoy frente a ti. Te observo limpiar la copa del postre con la cucharilla. Algo me dice que todo va a ir bien. Te quiere, Andrés”.

Y, así es. Sigo tomando mate. Gracias.



Yumiko Saito

Nacida en Yokohama, Japón

Residente en Barcelona

Nivel de estudios: Licenciada en Comunicación / Periodismo

A menudo la gente me pregunta : ¿Por qué has venido a Barcelona? El motivo es simple, vine por amor y para formar parte de una familia. No me imaginaba que terminaría siendo consultora de negocios internacionales.

Con el paso del tiempo tomé conciencia de que el amor que me trajo aquí no había sido un amor hacia una persona sino un amor hacia esta ciudad mediterránea. Era un amor más grande de lo que yo pensaba.

La mayoría de los occidentales piensan que los japoneses no muestran mucho sus sentimientos. Sin embargo, yo creo que la gran mayoría de nosotros somos muy románticos, tenemos mucha sensibilidad y lo expresamos aunque quizás lo hagamos de una manera distinta de los occidentales.

Desde hace más de mil años, nuestra cultura tradicional valora que todo se haga utilizando los cinco sentidos, sea admirar una obra de arte, disfrutar de un cuento o degustar un plato. Incluso la educación ética nos exige actuar con los cinco sentidos. Creo que la mayoría de los japoneses estamos acostumbrados a mostrar nuestros sentimientos sin utilizar demasiadas palabras. Porque sabemos que las palabras japonesas tienen no solo significado sino también alma y su propia vibración, crean espacios y producen sinergias.

Es muy difícil de precisar los fenómenos y los sentimientos con las palabras, sin embargo, sabemos manejarlas según nuestra educación y tradición. Además, creo que nuestra cultura tradicional / manera de ser es no necesario precisar las cosas. Es mejor dejar un margen a cada uno para que pueda hacer su propia interpretación.

Asimismo, nuestra sensibilidad va más allá del cuerpo físico. O sea, nuestra cultura no está basada en lo que se puede tocar sino que está basada en lo intangible . Además nuestra forma de comunicación es menos directa y precisa.

Otras veces, los japoneses, nos comunicamos sin palabras “a través del aire”, para que no haga falta decirlo todo y para que nadie se moleste. Por eso cuando encontramos a una persona que no puede entender lo que está ocurriendo o lo que se está diciendo, le preguntamos con un ligero tono de crítica “ 空気読めないの? (¿no puedes leer el aire?) ”

Como podéis ver, vengo de un país que tiene una filosofía y un estilo de comunicación totalmente distintos de Occidente. Podéis pues imaginaros el cambio drástico que tuve que hacer para adaptarme a la cultura europea / occidental? Es algo que no sabía que tendría que hacer.

Mi vida en Barcelona durante más de 12 años, ha significado una evolución paulatina entre dos

culturas. La primera tarea fue aprender los idiomas que se hablan en Barcelona. No sabía nada de español ni de catalán. Pensaba que, cuando dominara la lengua, la comunicación sería más fácil, sin embargo, muchas veces he sentido que no he podido transmitir ni mi intención, ni mi sentimiento más profundo. Cuando esto ocurre siempre me pregunto “¿Es culpa mía?” Comparado con mi idioma japonés, el español tiene la capacidad de expresar de manera más eficiente el tiempo y el espacio. Me parece que la estructura de las lenguas latinas ha evolucionado para explicar todos los fenómenos y todas las cosas que ocurren en el mundo exterior. Quizás por esta razón, para mí ha sido y sigue siendo difícil conseguir explicar todos mis pensamientos y sentimientos.

Me costó darme cuenta de que dominar el idioma no es suficiente para lograr una comunicación profunda. Era necesario saber, analizar y reflexionar porqué a veces la gente no me entendía.

Después lo entendí. Nuestra tendencia personal está influida por la cultura, la historia, la tradición, y la educación entre otros. Así es cómo empecé a estudiar y a analizar mi cultura. Actualmente, a menudo hago presentaciones sobre la cultura japonesa.

Simultáneamente surgió en mí un interrogante, ¿Las personas de otros países entienden realmente cómo es el Japón? Cuando leo informes o veo reportajes sobre Japón hechos por una entidad occidental, pienso que están bien en general pero desde mi perspectiva como japonesa me doy cuenta de que en la mayoría de los casos el análisis que hacen de mi país no es profundo. Yo también lucho para que las personas, que no conocen nuestra cultura ni la sociedad japonesa, entiendan bien nuestra forma de ser y pensar. Sigo buscando la manera de poder explicar a las personas que viven en una cultura tan diferente de la japonesa, nuestros valores basados en las cosas que no se ven. Quizás ésa sea mi misión.

Desde que Japón empezó a absorber la cultura occidental hace 150 años, nuestra sociedad ha intentado occidentalizarse con rapidez, pero, por otro lado, ni nuestra filosofía ni nuestras tradiciones han cambiado. Afortunadamente no hemos perdido nuestra singularidad y seguimos intentando conciliar las diferencias y encontrar armonía y equilibrio.

En 2019, hará 14 años que vivo en Barcelona. Sigo estando enamorada de la Ciutat Comtal y sigo esforzándome para echar raíces profundas en esta tierra mediterránea. Espero que los frutos de mi vida aquí tengan un sabor equilibrado entre lo mediterráneo y lo japonés.